



Poesía:

Primer Premio: “Amaikáik frente al risco” pertenece a Silvana Noemí RIOS de Córdoba

“Amaikáik frente al risco”

*“Los indígenas fueguinos
fueron diezmados por las enfermedades
contagiadas por los europeos...” Wikipedia*

Mi nombre ya no me nombra.
Esa conjunción de letras
que mis ancestros soñaron
antes que naciera
ya no me define.
“La que tiene fuego y vida”
algún día fui.
Caricia del viento
corteza, hojarasca, fruto.
Proeza en el monte
entusiasmo en la caza.
Brillo de escarcha
canto del luna.
Ya no soy.

Toda mi tribu ha perecido
ahora sus espíritus
surcan los cuatro cielos.
Las pieles del invierno
no me abrigan tanta desolación.
Y soy indigna de la peste
esa maldición blanca
que diezmó toda mi raza.
Yo, la última guardiana del fuego
frente a este risco, soy gaviota
en vuelo hacia la muerte.

Segundo Premio: Poema “Tejer” pertenece a **Verónica REYNOSO** de Entre Ríos

“Tejer”

Tejer es un poco
reacomodar el mundo.
Ordenar la maraña de hilos
que entorpecen el camino e intentar,
punto por punto, embellecer las cosas,
darle un color, una forma armoniosa
que se asemeje al paisaje del campo,
con sus relieves, su cielo, sus flores.
Equivocarse y destejer,
resolver errores volviendo a intentar
una y otra vez, como en la vida.

Terminar, es como morir.
Quedar afuera, desprenderse,
observar la labor sin poder intervenir
como si ya nos faltaran las manos.
Terminar es también quedarse dentro,
como en un constante estado de gestación.
O quizás un dar a luz con el roce
de las manos sobre la hebra,
para plasmar imágenes en fuga
que continuarán su viaje.

Terminar, ¿será también un renacer
desde el ovillo mudo?

Cuento:

Primer Premio “La paradoja de Sísifo” pertenece a **Francisco GRANJA** de CABA.

“La paradoja de Sísifo”

“Los mausoleos del mundo están llenos de dioses muertos”, le había repetido su padrastro por décadas y, por contrariar a su madre católica, agregaba: “solo un pequeño grupo de judíos fue lo suficientemente astuto como para desaparecer el cadáver del dios ajusticiado”.

En la madrugada del día siguiente, Adam Keaton sería fusilado. Esa noche no tenía ni sueño ni dios a quién rezarle.

Al odio visceral por los homosexuales de un déspota que no necesitaba de pruebas para dictar sentencia, se le agregó la actitud celosa de un carcelero que acusó

al reo de espionaje, por esconder entre sus ropas, billetes de dólares estadounidenses falsos. En 1964 no se conocían aún en la isla los nuevos billetes que llevan impresa la leyenda de: *"In God we trust"*; aunque ya circulaban en los Estados Unidos desde el año 1955.

En esa larga noche, en la que el calor del techo y las paredes lo iba rostizando lentamente, el condenado deliraba que, tanto su calamitoso presente como el Universo entero, no eran sino una fantasía creada por su cerebro afiebrado.

Buscando coherencias que lo abstraieran, repasó mentalmente los principios elementales de la teoría de la relatividad especial de Einstein. Repitió para sí uno a uno cada fundamento de la mecánica cuántica que respaldaba la posibilidad de viajar a través del tiempo. Repasó sus disputas con el profesor Miller de la Universidad de Yale. Adam defendía la factibilidad teórica del viaje, para el caso de que se dieran tres condiciones: que se descubriera la forma de trasladarse a una velocidad superior a la de la luz; que el universo tuviera límites, y que éstos fueran redondos. El profesor le respondía argumentando sobre la paradoja del abuelo y la inviabilidad de viajar hacia atrás, a un pasado donde el abuelo es asesinado por el nieto recién llegado que, por lo tanto, nunca habría de nacer. Se enardeció la discusión al tocar el tema de un Dios en el que el profesor Miller creía ciegamente y al que Adam denostaba. Adam cerró la discusión con una frase destemplada: *"las paradojas no son más que afirmaciones temerarias sobre las tesis que se temen explorar"*.

Visualizó en su mente la teoría de las cuerdas y la fórmula sobre la manipulación de las fallas en la composición molecular de la dimensión espacio-tiempo. La imaginó como una esponja, permeable, flexible y micro porosa, por donde pueden trasladarse cosas y personas.

La prueba irrefutable de la veracidad de sus teorías era que él estaba ahí, a 1.400 kilómetros y 45 años hacia atrás, de distancia. Pero su experimento estaba inconcluso. No había podido compartir el éxito de su arribo, ni tenía con quien discutir el fracaso de no poder regresar. Ni él ni sus colegas y colaboradores habían previsto el deterioro de la batería del cronógrafo. No tenía equipo de repuesto ni le era posible fabricarlo para entonces en la isla.

Volvió sobre sus pensamientos de condenado, ansioso por recibir la bala que habría de ponerle fin a sus penurias (lo que sucedería en minutos).

Nunca había siquiera imaginado que se enamoraría de una mujer. Y menos aún que fuera de alguien de su edad, aunque nacida cuatro décadas antes que él. Sabía que ya no volvería a verla y que moriría antes de conocer al hijo que se estaba gestando en su vientre. Anhelaba para ellos una vida mejor a la que él había vivido. Su madre murió antes de que cumpliera tres años de edad y no tenía memoria alguna de su padre.

Antes de su inminente detención había dado a su mujer instrucciones precisas, claras y sencillas. Teresa Martínez, tenía la dirección y el número telefónico de su padrastro en el continente, quien se ocuparía de protegerlos, como lo había hecho con él y con su madre. Cambiaría sus nombres y apellidos para borrar todo rastro de la

fuga.

Llegado el alba lo ubicaron de espaldas al paredón. Un solo hombre iba a matarlo. La claridad del sol naciente iluminó algo más que su rostro demacrado. Recordó a Sísifo, el personaje mitológico condenado por toda la eternidad a volver a comenzar su misma tarea cada vez que estaba por terminarla. Comprendió que, fuera un dios o algún tipo de fatalidad eterna y todopoderosa, existía algo o alguien que era el amo del tiempo, y que violentar sus reglas eternas tiene un costo. La paradoja del abuelo castiga al agresor con la inexistencia y la paradoja de Sísifo con la orfandad paterna perpetua y la misma y eterna vida repetida. Sintió que un rayo de fuego perforaba su pecho y supo que su alma nunca descansaría en paz y que volvería a nacer como un libro de hojas en blanco que se vuelve a escribir cada vez y de la misma manera.

Segundo: “Esa Jugada” que pertenece a **Martín Sebastián MORENO** de CABA

“Esa Jugada”

Hoy me toca revisar dos o tres tabernas de mala muerte y el casino de Alvarado.

Veremos si tengo suerte. Me dijeron que podía estar acá.

Algún día lo tendré que encontrar.

No descarto que sea una mujer. O un señor mayor. Naturalmente lo imagino con barba, pelo blanco, ojos claros, y todo un estereotipo muy clásico que se ajusta a la imagen que uno puede tener de él. O de ella. Prefiero suponerlo masculino.

Las cosas que sé no son demasiadas. Sé que es un jugador empedernido. Un bebedor perdido también. Sé que le gusta apostar muy fuerte y que parece gozar de un crédito ilimitado o una fuente inagotable e inexplicable de recursos.

Mi búsqueda, que no me animo a llamar investigación, está más basada en la voluntad que en el rigor. Más en las ganas que en las aptitudes. Más en las dudas que en las seguridades. Acaso más en el tedio que en la convicción.

No obstante sigo adelante porque en alguna parte siento que el asunto me atrae y hasta encuentro cierto suspenso mágico en él.

Y además sigo adelante porque puedo hacerlo, naturalmente. Mi situación familiar, económica y emocional, así me lo permiten.

No hay noche en que algo me detenga.

Porque lo busco fundamentalmente de noche, aunque tal vez sea esto una torpeza.

Podría estar jugando a cualquier hora, en cualquier parte, a cualquier cosa.

Bebiendo siempre. De todo y mucho, y mezclado.

La noche no es garantía de nada, pero de alguna manera es el territorio donde más cómodo me siento y donde creo, intuyo, que voy a dar con él tarde o temprano.

Puede que sea sólo un pálpito porteño, pero el día que lo encuentre, será de noche.

Y será, lógicamente, acá en Buenos Aires.

Esto último dificulta enormemente mi tarea porque lo cierto es que puede estar (dicen) en cualquier parte del mundo.

Circunscribir la chance de hallarlo a esta ciudad reduce mis posibilidades de modo dramático. Pero aún así sigo adelante.

Buenos Aires es porfiada como mi búsqueda.

En lo de Alvarado no hubo nada. Ni siquiera parecido. Mañana tocan los barrios del malevaje, y un tugurio por Barracas.

No hay que desestimar ni el lugar más recóndito. Y así seguir, acaso meses, o años.

Y ya son años. Cada noche. Parte de mi vida.

Extrañamente, nunca he pensado en abandonar la misión. Aunque reconozco que muchas veces la he llevado a cabo con tedio, con inercia, con desdén.

Pero sigo. Lo sigo buscando. Porque tengo que dar con él. Sigo pensando que es un él.

Me dijeron que su obstinación es muy humana así que debe andar en alguno de estos sitios.

Tarde o temprano. Si mi obsesión no se detiene, la de él seguramente tampoco.

Hoy Flores, Caballito, el Centro. Unas escaleras mal iluminadas que descienden.

Nadie me habló nunca de este sitio, pero que importa. Puede estar acá también. Son tantas las cosas que tenemos bajos nuestros pies sin siquiera saber que existen.

Como este lugar. Con este ambiente. Y con esa ruleta endemoniada allá al fondo.

Con esos gritos desesperados, eufóricos, con algo parecido a la algarabía o a la urgencia. Y copas de bebidas alcohólicas, ceniceros, un mazo de cartas.

Se lo ve frenético, saltando de mesa en mesa como queriendo atrapar algo imposible.

Me llama la atención y lo sigo. Quién sabe, en una de esas.

Es raro ver a alguien jugar de ese modo. Sin buscar ni la victoria, ni el fracaso. Ni el dinero ni la gloria. No. Ni siquiera satisfacer el deseo irrefrenable de jugar.

No. Este busca otra cosa. Y lo que busca no es fácil. Puede que hasta sea imposible.

Se advierte desesperación en su impronta. En sus manos. En su presencia.

Y de los dados, pasa a los naipes, y de los naipes, a los dados, y desde luego, la ruleta.

La laberíntica y eterna ruleta.

Ahí es donde más desesperadamente se detiene. Porque hasta cuando está detenido parece suspenderse en el aire, con pasión, con ardor, con impaciencia.

No tiene paz. Lo que busca, lo busca hace demasiado tiempo.

Creo que nota que lo miro pero su ansiedad es tan extrema que sigue colocando fichas, rabiosamente, con urgencia y frenesí. Apuesta a todos los números juntos. Todas las veces.

Todas las rondas. A todos incluido el cero y los dos colores y las tres docenas. A todos con voracidad y con fervor.

Ahora no solamente lo miro con emoción y fascinación. También con sorpresa. Atónito y extrañado. Reclamando una suerte de explicación.

Pasan muchas rondas y ni siquiera se molesta en devolverme alguna mirada.

Sabe, naturalmente, lo que pienso pero no le importa. Sigue su desaforada apuesta. Sigue con su ilógica jugada. Persigue el sinsentido con conmovedora obstinación.

Me acerco y estoy casi a su lado. Bebe varios sorbos al mismo tiempo y sigue colocando fichas eufóricas y atolondradas.

Obviamente pierde con matemática precisión. Por cada número que acierta pierde en todos los otros. Pero no le importa. No es eso. Claramente el punto no es ese.

Me atrevo a sugerirle que lo que hace no tiene sentido pero me dirige un mortal silencio mientras redobla la postura en todos los casilleros.

Espero. Simulo indiferencia.

Bebe y apuesta con una mezcla de angustia, apuro y desdén.

De soslayo me pregunta como lo encontré.

Todos saben que anda por ahí. Le digo. Pero no. No todos lo saben, y muchos menos me buscan. De hecho ya casi nadie me busca. Me dice. Y silencio y fichas.

Ya sé que no se entiende. Ya sé que parece un absurdo. Pero una vez tuvo sentido.

Y me mira por primera vez.

Hubo una vez en que esto funcionó, continúa.

Ustedes ya no creen. Y entiendo. Usted mismo no cree. Ni siquiera sabe la razón por la cual vino. Pero hubo una vez en que las cosas parecían tener un sentido.

Fue entonces, hace ya tanto, usted no había nacido, pero fue entonces cuando esa jugada ocurrió. Fue real. Es posible. Yo la hice. Yo soy el que sabe cómo hacerla, aunque no recuerdo la forma. Por eso tiro, y tiro, y tiro, y tiro.

Guardo silencio y lo observo tirar. Pero no es posible. Todos los números al mismo tiempo. Todos los naipes. Todas las caras de todos los dados en el mismo instante.

No es posible. No lo es. No hay manera. No pueden darse todos juntos.

Pero le digo que si es posible. Y bebe un largo y furioso sorbo. Se lo juro.

Una vez pude, así que otra vez podré. Lo que pasa es que no le puedo asegurar cuando, ni como lo haré. Y lo más probable es que usted esté muerto cuando lo logre.

Su sinceridad me conmueve.

Naturalmente, le pregunto desde cuanto tiempo hace que juega.

Naturalmente desde siempre, es la respuesta. Y siempre es un tiempo que usted no puede comprender. Ni usted, ni ninguno de los suyos.

Y cuando fue que le salió esa jugada, interrogo ya casi en confianza.

Años, siglos, milenios. Al principio. O al final. No importa. Usted no entiende.

Mire, la primera (¿la única?) vez que me salió, las cosas anduvieron muy bien un tiempo y el curso de los acontecimientos pareció tener lógica.

La vida un sentido. Y la felicidad posible.

Pero después, bueno. Usted sabe. Todos ustedes ya saben.

Y desde entonces que tiro, tiro, y tiro, aquí y allá, y en otra parte. Y no me detengo. Porque sé que esa es la única jugada que puede volver a poner los eventos en su curso.

No puedo detenerme. Ni debo hacerlo. Porque de alguna forma todo esto es mi culpa. Así que debo insistir. Estoy obligado a encontrar la combinación perfecta. Una vez más. Esperemos que la definitiva.

Me mira de nuevo. Estoy tan cansado de jugar sin descanso. Usted no sabe. Me dice.

Pero no puedo detenerme hasta que la jugada aparezca. Ya no hay lugar para el descanso. Ni tiempo. Sólo dedo intentar, e intentar, e intentar.

Lo que no puedo hacer es dejar de jugar. Eso sería aceptar la derrota. La ruina. La muerte. Por eso no me detengo. No puedo. No debo.

Lo veo colocar montones de fichas en todos los números al mismo tiempo, una y otra vez. Los otros jugadores se ríen o sospechan que es un loco, pero que importa.

Ni los escuche, me dice. Estoy acostumbrado.
Entonces me arrojo por completo y le pregunto qué pasará el día que acierte con esa jugada.
Ya le dije, falta demasiado. Usted estará muerto. Usted no llegará a verlo.
Pero de todas formas quiero saber.
Mire, no tiene sentido. Lo importante es que usted me buscó, y con eso puede darse por contento. La mayoría ni se molesta en preguntarse dónde ando, ni quién soy.
Me quedo callado. Su respuesta parece inapelable.
Bueno entonces hasta acá he llegado. Supongo que no tengo mucho más que averiguar.
Incluso si confieso que lo he visto, no me creerán.
Tranquilo con eso, me dice. No será ni el primero, ni el último.
Ustedes ya no creen en nada.
Pero usted, agrega, al menos está aquí. Ya le dije, eso lo incluye en una selecta minoría.
Yo también quiero jugar, respondo de repente casi sin pensar en mis palabras.
Hace silencio y bebe un sorbo profundo.
Usted ya juega. Y lo hace muy bien. Es más, acaba de salir hace tres bola atrás. Y cada noche suele volver a salir. Pasa que no lo nota. No puede darse cuenta. Pero no lo culpo.
No es su culpa, le repito. Es la mía. Todo es mi culpa. Por eso debo arreglarlo.
Y ahora si me alejo, perplejo, sin esperanza personal, aunque deseándole buena suerte.
Inútil. Pero buena suerte.

Mención Especial: **“El consultorio de los espíritus”** pertenece a **Rubén GARCIA** de CABA

“El consultorio de los espíritus”

Desde muy temprana edad descubrí que tengo un don especial. No es gran cosa, pero me ha permitido practicar un arte antiguo y a estas alturas casi olvidado, el arte de la nigromancia, la milenaria disciplina de hablar con los espíritus. Pueden llamarme vidente si les resulta más familiar.

Admito que no es una ocupación para todo el mundo, y ciertamente el trabajo puede irse fuera de control si uno se involucra a nivel emocional. Los espíritus pueden ponerse melodramáticos y hacer una escena cuando las cosas no resultan como ellos imaginan. Y es que no hay mucha gente que pueda escucharlos, pese a todos los esfuerzos que hacen por llamar la atención: ocultar las cosas y devolverlas cuando nadie las busca, hacer ruidos en la noche para que culpemos a los vecinos, y provocar a los perros para que ladren sin razón aparente son solo algunas de sus infructuosas tácticas.

No son pocas las veces en que los pobres espectros se aparecen en los sueños, solamente para ser ignorados y descartados como residuos oníricos de una mala digestión nocturna. ¿Mi consejo? Si una persona muerta nos habla durante el sueño, escuchemos sus palabras, porque puede querer transmitirnos un mensaje importante.

Pero como dije, la mayoría puede pasar años esperando lograr algún tipo de comunicación sin éxito, y cuando llegan a mí, la mayoría son un caso perdido. ¿Cómo explicarle a un ánima que ha estado siglos pensando por la tierra que de su amada ya ni los huesos quedan? No tengan dudas de que la locura no es una condición privativa de los vivos.

La verdad es que más que vidente soy un psicólogo de los muertos, alguien que los escucha intentando devolverles su equilibrio psíquico y puedan hacer la transición al más allá. Una tarea que puede ser interminable, por lo que desde que abrí mi consultorio puse tres reglas muy simples: atender de nueve a seis, no exceder las seis sesiones por paciente, y jamás traer el trabajo a casa.

La primera regla es de puro sentido común. Ser vidente es una ocupación como cualquier otra, así que no tiene por qué durar más que las ocho horas que toma un trabajo normal.

La segunda premisa, la de no invertir más de seis sesiones por espíritu, es el resultado de la experiencia de años de lidiar con los muertos. Hace años me di cuenta que si no se logra resolver el problema que los ata a la tierra en una semana, nunca van a hacerlo. En esos casos el mejor cierre es ir al grano y decirles que no hay cierre. Increíble, pero funciona. ¿Acaso Dios no creó el mundo en seis días y descansó el séptimo?

La tercera regla es la más importante. Ningún médium en su sano juicio expone a su familia a los problemas e incansables pedidos de los espíritus. Ellos tienen todo el tiempo del universo, y son capaces de molestar sin respiro a nuestros seres queridos con tal de lograr que los escuchen.

Mi esposa lo sabe, y por eso respeta mi espacio de trabajo. El consultorio es para los muertos, y nadie más. Mi metodología funcionó sin problemas durante años; los espíritus esperaban su turno en la biblioteca y yo los iba atendiendo por orden de llegada.

Como dije, la mayoría de los casos son un caso perdido, y hago lo que puedo. Con algunos espíritus me cuesta más comunicarme, pero a todos les garantizo una terapia justa y un diagnóstico.

A todos menos a uno.

Durante años, mi récord profesional había sido casi impecable. Salvo por el alma en pena de un tanguero de la década del treinta —“garganta de carpincho” lo llamaba a falta de un mejor nombre — con todos había logrado hablar y comprenderlos. Hasta con el pérfido tanguero me había hecho entender, luego de muchos intentos, usando letras de los tangos de Gardel.

Pero este era un caso especial. Se trataba del espíritu de una bellísima mujer, que me resultaba muy familiar y que, lo admito, me atraía de una manera misteriosa. Pasaba días enteros en la biblioteca sin pronunciar palabras, pese a todos mis esfuerzos. Se sentaba en silencio, mirándome con aquellos ojos negros llenos de significado y a la vez tan insondables.

—¿Quién es usted? ¿Qué la ata al mundo de los vivos? ¿Cómo puedo ayudarla?

La mujer me miraba con su mirada de ojos llenos de paz, y con la comisura de los labios realizaba un movimiento imperceptible que me impedía saber si sonreía o sufría una pena muda. Pasaron las seis sesiones, y decidí dar por cerrado el caso. Le expliqué que no había nada que pudiera hacer por ella, recé un padre nuestro, y usando un rosario del mismísimo papa Francisco le di mi bendición y la despedí como había hecho antes con cientos de espíritus.

Esa tarde no la volví a ver, y me di por satisfecho. Pero al día siguiente, sus hermosos ojos negros me volvieron a mirar desde el fondo de la biblioteca. Indignado por su desobediencia, llamé al padre Marcos, que ya me había ayudado antes con algún que otro

espíritu rebelde. Pero luego de recitar las oraciones de exorcismo, la bella dama aún seguía allí.

—No es un espíritu maligno— me explicó el padre Marcos, —la práctica de exorcizar no funciona

—¿Y que se supone que debo hacer?

—Rezar por ella, hijo mío— respondió con una sonrisa, —Rezar y esperar

Para mí eso no era suficiente. No podía permanecer indiferente a su omnipresente figura, observándome día tras día desde un rincón de la biblioteca con aquellos ojos negros que me resultaban tan cercanos. Sin darme cuenta, me encontré noches enteras intentando dilucidar de quien se trataba, que quería. Lo que había nacido como orgullo profesional se terminó transformando en obsesión. No me importaba nada, las reglas ya no existían, y dejé de volver a casa.

Cuando mi mujer entró al consultorio, yo estaba absorto en la lectura de un antiquísimo libro de nigromancia, y no advertí la expresión de alegría del espíritu ante su presencia. Habló como si no hubiera estado callada jamás, rompiendo un hermetismo de meses en un segundo.

Su voz tenía el tono atimbrado de Alicia, sus facciones redondeadas...y sus mismos ojos negros.

Es tan evidente ahora que su madre había estado esperándola a ella que todavía es el día de hoy que sigo preguntándome como pude ser tan ciego. Pero ser vidente la clarividencia no es una ciencia exacta, y como dice mi esposa tampoco tenía forma de identificarla.

Al fin y al cabo, hasta ese día ni ella sabía que era hija de desaparecidos de la dictadura militar.